

A TRAVÉS DEL ESPEJO



J.F. Yvars

## El águila de fuego

Años atrás, al hilo de una conferencia del filósofo y esta británico Richard Wollheim en Valencia, y durante una animada sobremesa a pie de mar, saltó el nombre de la extraordinaria coreógrafa Alicia Alonso. Resultó que entonces dirigía en el teatro Principal, esa desaprovechada escena decimonónica, quizás un punto grandilocuente, pero de acústica cercana al espectador, una espléndida *Giselle* en opinión entusiasta de la crítica, con el Ballet Nacional de Cuba. Propusimos la experiencia y Wollheim confesó que deseaba saludar a la legendaria danzarina, amiga de antiguo a través de una casi clandestina afición al ballet: hijo de Eric Wollheim, gerente del audaz empresario teatral Serguéi Diaghilev, de quien –además– era ahijado. Diríamos que el joven Wollheim echó a andar sobre las sonoras tablas machacadas a diario por Massine y el taconeo pertinaz de los bailarines rusos. Una sorpresa para todos que despertó mi curiosidad y, ya vuelto a Londres, indagué en la medida de lo prudente encendidas afinidades y callados desencuentros forjados en el umbral de una adolescencia prebélica y difícil. Wollheim junto a Francis Haskell, hijo devoto de Arnold, el reputado especialista inglés en danza moderna, era también admirador del efervescente Diaghilev de la mano amiga de NINETTE de Valois, artífice del Ballet Nacional Británico y, diríamos, discípula del ruso. “Era un hombre aterrador”, repetía, sin embargo, en su vejez. Curiosamente, *balletomanía* fue un neologismo identitario de clase y estética en el elegante barrio de Mayfair durante el espectacular paréntesis de entre guerras, al menos.

La exposición *Diaghilev y los ballets rusos 1909-1929*, que ha ocupado las salas del Victoria & Albert en el South Kensington londinense, es algo más que una, diríamos, muestra-río de los fa-

bulosos fondos del museo. Con más de dos centenares de objetos a la vista –eso que los ingleses titulan *memorabilia*–, el despliegue intenta, a contrapelo de cualquier convicción museística, dar cuenta y razón de la herencia de Diaghilev, los ballets rusos y su influencia en la consolidación europea de la percepción estética contemporánea. Una combinatoria explosiva de géneros artísticos dotada de una voluntad de arte absoluta, que alcanza la manifestación de la sensibilidad humana moderna en su conjunto: del diseño al teatro, la danza y la música, la escenografía y la gestualidad extrema con la efectista performance provocadora y actual que todavía desconcierta en los ballets pre revolucionarios.

Diaghilev jamás dejó impasible a nadie, es verdad. Fue demonio, charlatán, brujo y encendido encantador de minorías, pero también un avisado *marchand*, en su Rusia nativa, con buen ojo para la pintura del retrato casi romántico del siglo XVIII al gratificante paisajismo local del XIX, que cautivó a una burguesía comopolita pero emotivamente tolstoiiana.

Diaghilev creció en Perm, en los aldeaños de San Petersburgo, hijo de un militar de escalafón trucado transformado en industrial licorero, que vio en el vodka la ruta hacia la decadente Europa de fin de siglo. Casado con una sociable viuda, sus veladas alcanzaron renombre, pero entraron en bancarrota demasiado pronto: un adolescente Serguéi se vio empujado al exilio tras un absurdo malentendido con los teatros imperiales. Diaghilev fundó los ballets rusos en 1909 y prendieron enseguida en el ávido esnobismo de la vanguardia parisina. Apollinaire, Prokofiev y Satie fueron cómplices inesperados de su empre-

sa, que ya había *corrompido*, se fabulaba en la Rusia soviética, a divos y coreógrafos de impacto como Fokine, Lifar, Nijinsky, la Paulova y Balanchine. Una proeza, sin duda.

La exposición londinense apuesta por la desmesura y multiplica los objetos que, bien o mal, incorporan o captan el espíritu de un tiempo ido: son memorables los atrezos y figurines de esce-

Picasso, Cocteau, Satie y Massine. En definitiva, una seria aventura radical. Si Diaghilev debía a la Goncharova y el frente vanguardista bolchevique la recreación viva de la ancestral “cultura patria”, es tal vez *El pájaro de fuego* el elemento disolvente: un águila de fuego extravagante y poderosa personalizada en Diaghilev. Una incógnita del todo desconcertante.

Entre 1909 y 1920 Diaghilev marcó, es cierto, una época dorada: la fantasía desbordada de los disfraces, la osadía de los sincopados tiempos de danza, las arrogantes actitudes del nudo escénico. Mas tarde la reconversión neoclásica: *El sombrero de tres picos* y el exotismo colorista de *Pere Pruna*. El retorno al orden, sencillamente. Tamara Karlavina, en Bassano, y un iconoclasta *Firebird* de 1912, rehecho en 1926 para Massine. La Danielova transformada en *Terpsicore* para Stravinsky, en el momento de repliegue clasicista o conservador. Un antidoto al aburrimiento que exigía la sorpresa. Tengo ahora a la vista una instantánea nada estilizada de Nijinsky disfrazado de Albercht en *Giselle*: etéreo, volátil, negando la gravedad de su figura, sonriente y angélico en contrapunto al racial Massine de *Parade*, un picassiano latino todo ojos y malicia. Cuentan que Diaghilev murió en la miseria, arruinado y

en huida sin destino. Con su soberbio abrigo de astracán abrochado burdamente con un imperdible de latón y apenas cincuenta francos en el bolsillo. ¿Y qué? No había deslumbrado a su madrastra, en la dorada niñez rusa, comentando ante una abigarrado árbol navideño: “¡No está nada mal!”. El éxito –escribió una vez– es la única realidad que redime a todo el mundo y disculpa cualquier cosa. Sagaz consigna ayer y hoy.●



Telón de Picasso en una imagen de la exposición

na, sobrecargados e imposibles de doblegar a la movilidad de la danza, o las insuperables escenografías que marcaron un punto sin retorno en la intervención artística vanguardista: trajes cubistas, disfraces dadá, ademanos expresionistas, o alusivo pompierismo dieciochesco bien logrado. *Le sacré*, *Les nocces*, *Apollon Musagete*, una idea inspirada de la versatilidad del arte nuevo con “tres creadores y medio” de excepción:

### CRÍTICA DE MÚSICA CLÁSICA

## Prueba de fe en la Sagrada Familia



Una imagen de la Sagrada Familia durante el concierto

### El pessebre

**Intérpretes:** Cors de la FCEC. Xerach Alonso, Claudia Schneider, Joan Ribalta, Toni Marsol, Josep Pierres. Orquesta de Sant Cugat. Josep Farré, director  
**Lugar y fecha:** Basílica de la Sagrada Familia, (21/I/2011)

### JORGE DE PERSIA

Contradictoria conmemoración del quincuagésimo aniversario del estreno de *El pessebre*, oratorio de Joan Alavedra y música de Pau Casals, y orquestación de su hermano Enric. Ya comentamos el acto de El Vendrell el mismo día del cincuentenario. Este de ahora en la Sagrada Familia tuvo mucho de social y turístico y poco de ese concepto de música que defendía Casals, en particular la calidad, que por lo poco oído –la acústica era imposible– de-

jó que desear. A valorar la acción heroica de solistas, el entusiasmo y eficacia de las corales – “... som al fred que pela”, decía el propio texto–, y de los músicos de la orquesta, en condiciones difíciles para el ejercicio profesional.

La obra, estrenada en Acapulco en 1961, tiene momentos muy bellos y merece respeto, igual que el público, 3.500 personas que iban abandonando en goteo lento la sagrada casa. Pero el frío quizás era secundario, el problema fue que la mayoría no oyó casi nada, ya que la basílica, al menos tal como se dispuso la música, resulta imposible por las condiciones acústicas que plantea un

espacio complejo e inmenso. Quizá con una amplificación sutil la cosa hubiese mejorado, aunque ello supone gastos difíciles de asumir. Pau Casals fue esencialmente un músico, hombre devoto y amante de la belleza en sus más diversas formas, y en el respeto al ser humano, a su lengua, a su cultura. Y no estaría de más responderle en esos términos austeros y a la vez profundos, hablar menos de orgullo y atender a las deudas que aún nos quedan, como el del estado y destino incierto de la que fue su casa en Prades, por ejemplo, o que su palabra, que fue su música, llegue en condiciones dignas.●

El Molino

con la dirección artística de Mayte Martín, presenta:

poco ruido y mucho duende

Mayte Martín

25 ENERO 21:30h.

Flamenco Clásico

Venta de entradas en taquilla y en [www.elmolino.com](http://www.elmolino.com)